

Del ciudadano del mundo

Teresa Santiago O.

Óscar Martiarena, *La formación del ciudadano del mundo. La antropología pragmática de Kant como arte de vivir en una sociedad cosmopolita*. México, Alia, 2009, 296 pp.

La *Antropología en sentido pragmático (ApH)* apoya su fama en gran medida en que se trata del último libro que Kant entregara a la imprenta cerca del final de su prolífica vida. La obra recopila las lecciones que largamente impartió en la Universidad Albertina de Königsberg, pues, según opinan algunos especialistas, el profesor Kant vio la necesidad de complementar, con esos cursos, sus lecciones de ética, también ya recopiladas para bien de los estudiosos del filósofo alemán.

A pesar del rico material que en ella puede descubrir el lector, no ha sido frecuente que la *Antropología* atraiga el interés de los kantianos más destacados, salvo honrosas excepciones. Son varias las razones que explican este fenómeno, siendo quizás la principal la dificultad para articular las tres grandes críticas –columna vertebral del sistema kantiano– con una obra que muchos han considerado como un estudio de carácter meramente empírico, rebasado irremediablemente por el paso del tiempo. Además, no son pocas las tesis de este texto kantiano a las que hoy consideraríamos prejuicios inaceptables acerca de la raza (concepto que, además, está en desuso), la nacionalidad, el sexo y otros. Es evidente que para tales convicciones no puede encontrarse una justificación válida, sin embargo, revelan a un filósofo propio de su tiempo y su contexto; un Kant de carne y hueso que contrasta con el Kant hasta cierto punto artificial de los cursos que se imparten en las facultades de filosofía. Para apreciar la antropología hay entonces que combatir las ideas fosilizadas acerca del sistema del famoso filósofo: una imponente construcción formalista, abstracta, severa, como su propio autor.

En este sentido, resulta alentador que tengamos ahora la oportunidad de contar con el libro de Óscar Martiarena: *La formación del ciudadano del mundo. La antropología pragmática de Kant como arte de vivir en una sociedad cosmopolita*. Un libro que es varias cosas a la vez: desde luego, y en primer lugar, es un estudio muy detallado y completo de la *Antropología*,

pero también, un magnífico “acompañante” de esa obra, pues, en efecto, uno enriquece sustancialmente la lectura de la *ApH* atendiendo paralelamente a las abundantes observaciones, reflexiones y aclaraciones que contiene. En tercer lugar, es un encomiable intento por ligar el contenido de la *ApH* al resto del sistema kantiano, lo que da como resultado la tesis en torno de la cual gira el libro y de la que da cuenta el título. Ésta es, quizás, la aportación más valiosa por parte del autor porque, como él mismo escribe en uno de los párrafos finales, su estudio pretende contribuir a reforzar una línea de interpretación de la *ApH* que ve a esta obra como un conocimiento propositivo —no sólo descriptivo— dirigido a la formación del carácter moral del individuo; un arte de vivir para una sociedad cosmopolita. Y con ello colabora en la tarea de desdibujar la imagen del “mausoleo” kantiano al que me referí líneas arriba. La *ApH*, y con ella el libro de Martiarena, nos revela que en esa austera construcción hay hiedra viva que trepa por los muros y que el sol, el viento, el polvo y los sonidos del exterior penetran a través de sus ventanas abiertas.

La estructura de *La formación del ciudadano del mundo* se conforma por los capítulos dedicados al acompañamiento de la *Antropología* (2 y 3) en donde se sigue puntualmente todos los temas y subtemas de la obra; y por otros dos capítulos en los cuales tenemos el estudio propiamente dicho; ahí es en donde el autor se siente más libre y se explora en sus comentarios. Es el caso del primer capítulo, dedicado a explicar cuáles son los principios y la finalidad de la *Antropología*, y del apéndice que encontramos al final del libro, en el cual Martiarena se ocupa de comentar a los autores que han recalado en la *Antropología*, como Brandt, Foucault, Stark, entre otros, enfatizando las posiciones divergentes que mantienen acerca de ésta.

Sobra decir que el autor de *La formación del ciudadano del mundo* está en la misma línea de aquellos autores que ven con claridad los lazos que unen a la *ApH* con partes fundamentales del sistema kantiano, en particular con su ética. En las primeras páginas del libro, Martiarena nos presenta los elementos que le sirven de base para sostener la tesis ya referida, obtenidos del prólogo de la *ApH*, que abre con lo siguiente: “Todos los progresos de la cultura a través de los cuales se educa el hombre tienen el fin de aplicar los conocimientos y habilidades adquiridas para emplearlos en el mundo; pero el objeto más importante del mundo a que el hombre puede aplicarlos es el hombre mismo, porque él es su propio fin último”.¹ En donde se puede apreciar de inmediato hacia donde pretende ir Kant y de por qué llama antropología a esas lecciones. Y, en seguida, hace una distinción fundamental entre la antropología fisiológica y la pragmática: la primera se ocupa de lo que la naturaleza hace del hombre, mientras que la segunda de lo que el hombre —en tanto ser racional y libre, pue-

¹ I. Kant, *Antropología en sentido pragmático*. Madrid, Alianza, 2004, p. 17.

de y debe hacer de sí mismo. Sólo ésta última es la de su interés. También afirma que los conocimientos de los que habrá de ocuparse deben completar los conocimientos del ámbito escolar. No obstante, Kant advierte que para que su *Antropología* sea realmente pragmática tiene que estar dirigida por la filosofía “Sin la cual todos los conocimientos adquiridos no pueden dar nada más que un fragmentario tantear y no una ciencia”.² Una tercera observación se hace indispensable: el “conocimiento del mundo” difiere de “tener mundo”. En el primer caso se ve el mundo como un objeto de estudio, en el segundo se entra en juego con él. Así, lo que Kant pretende en la *ApH* es dar cuenta de lo segundo y no sólo de lo primero. Pero para lograrlo se necesita hacer un trabajo, por decirlo así, a ras de piso. La antropología no puede ser una doctrina abstracta desligada de la experiencia; pero, por otro lado, las máximas que habrán de hallarse a lo largo de la investigación tienen su apoyo y sustento en principios *a priori*. De hecho (como explica muy bien Óscar Martiarena) en esto radica su carácter pragmático y no sólo práctico. En efecto, la *ApH* no es un manual de buenas costumbres, ni un libro de autoayuda de los que hoy abundan en una cada vez más pobre industria de los libros.

La *Antropología pragmática* es una antropología filosófica-crítica, esto es, se desarrolla a partir de una investigación acerca de cómo el hombre tiene, en primer lugar, conciencia de sí; de cómo puede conocerse desde el interior y, más adelante, desde el exterior. Lo que lo lleva a dividir la obra en una Didáctica y una Característica (*i. e.*, de los caracteres del hombre, de los pueblos y de la humanidad). Además, los principios y máximas se determinan conforme a las tres facultades superiores del hombre: la de conocer, la de sentir y la de apetecer. Ahora bien, la vastedad de las observaciones kantianas en torno a cómo opera el entendimiento, así como las referidas a la psicología, o su teoría de las pasiones; además de las recomendaciones que deben seguirse para conseguir los resultados deseados en términos de excelencia moral, los numerosos ejemplos, etcétera, dificultan al lector seguir el hilo de la reflexión. En este sentido, el libro de Óscar Martiarena brinda una preciosa ayuda, guiando al lector a través de las múltiples veredas abiertas en esta singular obra.

Algunos pasajes dan cuenta muy bien de esto:

a) Es el caso de la sección dedicada a la facultad de conocer (dentro de la primera parte de la *ApH* o Didáctica). Allí habla Kant de la conciencia de sí como lo propio del hombre que “consiste en tener representación de su yo, lo que lo sitúa por encima de los demás seres de la tierra y lo convierte en persona, es decir, en un ser distinto de las cosas, lo cual en virtud de la unidad de la conciencia y a pesar de los cambios que pueden afectarle, es siempre una y la misma” (pp. 70-71). En el párrafo siguiente, se da, nos dice Martiarena, un

² *Ibid.*, p. 19.

giro pragmático. Veamos en qué consiste: se trata del párrafo en donde se aborda el egoísmo, del cual dice Kant: “Desde que el hombre empieza a expresarse diciendo *yo*, saca a relucir su querido *yo* allí donde puede y el egoísmo progresa incesante” (*ApH*). Este egoísmo encierra tres arrogancias: la del entendimiento, la del gusto y la del interés práctico, así, el egoísta puede ser lógico, estético o práctico. El primero se distingue en que “piensa innecesario contrastar su propio juicio apelando al entendimiento de los demás” (p. 71). Al egoísta estético le basta su propio gusto, su propio juicio “se priva a sí mismo de progresar y mejorar” porque se aísla, aplaudiéndose a sí mismo. Finalmente, el egoísta moral “reduce todos los fines a sí mismo... no ve más provecho salvo en lo que a él le conviene...” por ende, “no ve en el deber el fundamento que determina su voluntad” (p. 72). Podríamos decir que el egoísta moral confunde el fin de la felicidad con el fin moral. Ahora bien, el giro pragmático se produce —nos dice Martiarena— cuando Kant pasa a señalar que la manera de oponerse al egoísmo es con “el *pluralismo*, es decir, el modo de pensar conforme al cual uno *no* se considera a sí mismo el portador del mundo entero, sino que se contempla y comporta como un mero ciudadano del mundo” (p. 72). De donde se sigue una recomendación “didáctica”, una norma dirigida a formar el carácter moral de la persona; que no da lugar a una prohibición al tiempo que se alienta el amor al prójimo. El de pluralismo fija una norma o guía de conducta acorde con el imperativo categórico, esto es, con la ley moral de carácter *a priori*. La observación de Óscar Martiarena acerca del giro pragmático nos lleva a plantearnos que, en efecto, contemplarse y comportarse como un mero ciudadano del mundo significa no imponer las máximas que guían nuestra conducta a partir de la falsa premisa de que no necesitamos de criterios ajenos al propio. Es cierto que Kant afirma que las máximas de conducta se determinan subjetivamente, pero no debemos olvidar que éstas deben de poderse representar objetivamente para ser sometidas al tribunal máximo que es la ley moral o imperativo categórico. Esa conciencia de lo que implica la universalidad de la ley moral nos posibilita a comportarnos como “ciudadanos del mundo”, contra aquellos que se ven como “portadores del mundo”.

b) Otro pasaje que me parece destacable, de los muchos del libro, es el que se encuentra en la sección 3.1 del capítulo 3, en donde se aborda la tesis central del autor, a saber: “La formación del ciudadano del mundo”. Y me parece digno de mención porque se adentra en una veta poco explorada de la filosofía kantiana, a saber, su deuda con la filosofía latina, en particular con los estoicos: es frecuente afirmar que su cosmopolitismo fue inspirado por estos filósofos, pero pocas veces se profundiza en el tema (hay, desde luego, estudios ya clásicos como el de Nussbaum, al que Óscar Martiarena hace varias observaciones críticas, pero tendría que haber aún más). Por ello es de justicia subrayar que *La formación del ciudadano del mundo* es una impor-

tante contribución en esta línea. Y lo es, no sólo por los señalamientos que hace puntualmente en el apartado en que se ocupa del Arte de vivir y de refutar las (dudosas) afirmaciones de Martha Nussbaum acerca de la dificultad kantiana por hacer coincidir dos de sus tesis sobre la maldad natural humana, de una parte, y su destino moral, de la otra, sino porque todo el libro está cruzado por un hilo conductor que es precisamente la tesis de que la antropología pragmática no tiene la finalidad de ampliar nuestro conocimiento del ser humano como parte del mundo natural (en cuyo caso se trataría de una antropología fisiológica, como el propio Kant lo aclara en el inicio de su obra), sino que su propósito es proporcionar un tipo de conocimiento que sólo es útil si es aplicado con fines morales, esto es, de perfeccionamiento del carácter moral de las personas y con un fin menos inmediato, pero aún más importante, que es el de formar ciudadanos para una sociedad cosmopolita. Se recupera entonces la idea de “arte de vivir” como un conjunto de prescripciones que, de ser seguidas, habrán de contribuir a que el individuo primero y más tarde la sociedad, se perfeccione moralmente; ello no significa que se adopte un código de conducta dictado por alguna autoridad (religiosa o civil) sino que sea capaz de alcanzar la mayoría de edad dándose reglas que lo trasformen con el paso del tiempo en un ser autónomo que piensa por sí mismo; plural en la medida en que es capaz de colocarse en el punto de vista del otro; y racional porque es consistente respecto de sus propias ideas y principios.

c) También se recupera muy bien en el libro de Óscar Martiarena la idea (de inspiración estoica) del lugar privilegiado que ocupa el hombre en el mundo. Encontramos el desarrollo de esta tesis en el apartado 3.3.2. “El carácter de la especie y el mundo”. Allí nos topamos con la siguiente consideración de nuestro autor: una vez que el individuo es consciente del lugar privilegiado que ocupa en el mundo (en la medida en que tiene una conciencia de sí mismo, a diferencia de los demás seres racionales) “sabrà que también se distingue de éstos, por su capacidad *técnica*, que le permite manipular las cosas y emplear su razón; por su capacidad *pragmática*, conforme a la cual puede utilizar a otros hombres de acuerdo con sus propios fines; y por su *capacidad* moral, que lo faculta para actuar en conformidad con el principio de libertad bajo leyes” (pp. 194-195). Más adelante leemos que: “el aprendiz deberá saber que constituye la disposición del hombre a civilizarse mediante la cultura y, con ello, a convertirse en un ser educado destinado a la concordia y..., asumirá que sólo mediante el progreso de una serie de innumerables generaciones la especie humana realiza su destino” (p. 195). Estos pasajes me parecen especialmente relevantes para comprender la antropología pragmática porque en ellos podemos ver que la preocupación central de Kant es mostrar cómo y por qué deben de ser desarrolladas y articuladas las capacidades que la naturaleza ha dispuesto en el ser humano. Tenemos, en efecto, un ser con capacidad técnica,

esto es, que puede manipular los objetos, transformar su entorno, adaptarlo a sus necesidades más básicas e, incluso, a sus caprichos. Esa capacidad técnica es, desde luego, muy superior a la de cualquier animal por cercano que esté al humano, porque éste piensa, planea, proyecta, imagina, anticipa. También es un ser con la capacidad de manipular a los otros en función de sus fines particulares. Ésta, su capacidad pragmática, lo lleva a darse fines y a buscar los medios para alcanzarlos... algunos medios son otras personas. Un ser así, con estas capacidades, es indudablemente un ser apto para salir adelante en el mundo, para sobrevivir a pesar de los obstáculos que la propia naturaleza ha dispuesto para él. Pero Kant ve con claridad que el destino del hombre no puede ser tan sólo su supervivencia; la existencia de la especie no puede ni debe verse como una carrera de obstáculos de la cual podemos salir o no airosos. El verdadero destino de la especie tiene un carácter moral; de manera que si bien la supervivencia meramente biológica es condición *sine qua non* para que realice ese destino moral, no es lo que debería estar en nuestra meta última. De aquí la importancia de la tercera capacidad de la que habla Kant: la moral, que lo faculta a actuar conforme a la ley moral. De manera que el hombre ocupa un lugar central en el universo, de acuerdo con Kant, únicamente por ser el portador de esa capacidad; en otras palabras, porque sólo él puede formarse un carácter moral y con ello darle un sentido a todo lo demás; al cosmos mismo.

De esta manera la antropología pragmática, según es interpretada por Óscar Martiarena, como la doctrina que proporciona los principios normativos para formar ciudadanos del mundo en una sociedad cosmopolita, adquiere relevancia en la filosofía práctica de Kant si nos permitimos establecer vínculos con otras obras, tales como: *Idea de una historia universal en clave cosmopolita*; *Teoría y práctica*; *¿Qué es ilustración?* Por mencionar algunos de los textos breves, pero también, de manera importante, con algunos pasajes de la *Crítica de la facultad de juzgar*. Y éste sería mi comentario crítico para el autor de *La formación del ciudadano del mundo*: creo que se puede explotar mucho más lo que Kant dice en algunos párrafos de la tercera crítica: en los cuales habla Kant de la técnica de la naturaleza, del principio de idoneidad y de cómo el hombre debe desarrollar sus capacidades para lograrse como ser de cultura. Aunque, desde luego, ésta también debería de ser la tarea de otros... de todos los interesados en desarrollar la filosofía práctica de Kant en sus muy variadas formas. Una filosofía práctica que no puede darnos todas las respuestas a inquietudes urgentes sobre nuestras acciones en el ámbito de la moralidad, pero que sí nos puede proporcionar las herramientas para enfrentarnos a muchos de los retos que parecen ineludibles en este ominoso presente. Una vez más, mi felicitación y agradecimiento a Óscar por este libro que nos ofrece un Kant vivo y, sin duda, vigente.